

*De los intelectuales y su pasado: usos públicos de la cultura antifranquista**

Javier Muñoz Soro

Universidad Complutense de Madrid

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

Resumen: El artículo analiza los usos públicos de la cultura antifranquista en la democracia española, en particular referidos a las generaciones intelectuales y su propio pasado. La dialéctica intelectual entre franquismo/antifranquismo se abandonó durante la transición en nombre de la reconciliación, mientras se extendía una cultura popular que banalizaba la dictadura. A pesar del escaso reconocimiento institucional hasta fechas recientes, se constata una creciente presencia pública de la memoria del exilio, entendido como un patrimonio cultural, y de los intelectuales que evolucionaron hacia la democracia desde la dictadura. La reivindicación de la cultura progresista, sin embargo, queda empañada todavía por su asociación, en la percepción pública o de manera instrumental, a la violencia política.

Palabras clave: intelectuales, antifranquismo, transición, memoria, usos públicos de la historia.

Abstract: The article analyzes the intellectuals' perception of their own past, as well as the public uses of anti-Franco culture today. It concludes that the public memory of exile, understood as a cultural unit, prevailed over the culture of the internal opposition, and that the debate on intellectuals coming from the Franco regime was central. In the early moments of the current democracy anti-Franco culture was remembered in positive terms, but its institutional commemoration continued to be seen as a cause of division; the Transition, in contrast, became a consensual «site of memory».

Keywords: intellectuals, anti-francoism, transition, memory, public uses of history.

* Trabajo realizado en el marco del proyecto HUM 2007/63.118 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Nada es como es, sino como se recuerda.

Ramón M. del Valle-Inclán.

Introducción: memorias generacionales

Ahora veo derribar la cárcel de Carabanchel, en la que hace 40 años pasé una breve y no diré que feliz temporada. La despido sin tanta nostalgia como muestran por ella los que no la conocieron por dentro. Y así me gustaría ver irse también al olvido a los hunos y los otros, como diría don Miguel, a quienes no olvidan porque su memoria viene de la ideología y no de la experiencia. Son el peor cáncer de la España actual, la de la crisis, el paro y la hostilidad centrífuga¹.

Una experiencia que necesita olvidar, frente a una memoria ideológica. Un conocido intelectual antifranquista, Fernando Savater, joven rebelde y filósofo maldito en esos años, que hoy se lamenta del final de la «cordura» que habría hecho posible la transición a la democracia y el periodo de mayor estabilidad institucional, alternancia política y crecimiento económico de la historia española. Una cárcel derribada ante la indiferencia de unos y ante la indignación de muchos otros, jóvenes de los movimientos de la llamada «memoria histórica», pero también viejos inquilinos y vecinos que pedían que, al menos una parte de ella, se convirtiera en un centro de la memoria del antifranquismo —semejante a la cárcel de la *Stasi* alemana, por poner un ejemplo— y de la memoria del barrio. En la Europa de hoy los restos materiales de las dictaduras suelen conservarse como lugares de memoria democrática y se derriban sólo cuando pueden convertirse en lo contrario, como la cárcel de Spandau, mientras que en España, como vemos, siguen estando en el centro del enconado debate público sobre el lugar de la memoria en la actual democracia.

Los usos públicos de la cultura antifranquista y su memoria en la España democrática abarcan un amplio abanico de actividades relacionadas con el pasado dentro del espacio público e institucional, sin que deban confundirse con los usos políticos, que suponen una utilización de la historia con una concreta finalidad política. Tomo la idea de «uso público» en su acepción más amplia, la que considera que cuando alguien habla del pasado fuera del marco de la investigación y de la academia, sea o no historiador profesional, hace un uso público de la historia².

Aun a sabiendas de su insuficiencia, utilizo el concepto de «generación» porque resulta útil cuando abordamos la historia de la memoria, como ha señalado Paul

¹ SAVATER, Fernando: «¿El final de la cordura?», *El País* (3-XI-2008).

² GALLERANO, Nicola: *L'uso pubblico della storia*, Franco Angelli, Milán, 1995; y *La verità della storia. Scritti sull'uso pubblico del passato*, Roma, Manifestolibri, 1999.

Ricoeur³. Para el caso de la posguerra española, Julio Aróstegui ha distinguido tres formas dominantes de memoria: la memoria de «identificación» con una de las partes en Guerra, con la confrontación como elemento central; la memoria de la «reconciliación» como superación del trauma colectivo, y por fin la memoria de la «reparación», cada una surgida en unas circunstancias políticas y sociales muy determinadas, en solapamiento y debate entre ellas. Desde una perspectiva más biológica, Josefina Cuesta ha diferenciado entre la generación del 27-36, de los testigos directos; la generación del 56-68, de los hijos y hermanos menores, y las generaciones posteriores a 1975, las que Santos Juliá ha llamado de los «nietos»⁴.

Cuando se utilizan las generaciones como categoría metodológica es conveniente distinguir entre un sistema de disposiciones incorporadas y generadoras de prácticas similares, lo que Bourdieu denomina «*habitus* generacional» o Gérard Mauger «generación en sí», y una ideología de la generación asumida e interpretada conscientemente en el curso de las interacciones sociales, la «generación para sí»⁵. La idea de generación actúa circularmente como una invención identitaria que encubre una diversidad real de experiencias, intereses y expectativas, pero que refuerza ciertas variables sociológicas y culturales en grupos que irrumpen en la vida pública e intelectual asumiendo un proyecto común, y haciendo valer su condición de novedad como factor de movilización política en ruptura con un orden social considerado caduco. La dictadura franquista, al igual que el fascismo italiano, estuvo plagada de manifiestos generacionales que trataban de activar su primigenia retórica juvenil mientras una generación de jerarcas envejecía con sus camisas en el poder.

Claudio Pavone comprobó para Italia que tanto la generación fascista como la antifascista se representaron y actuaron como «generaciones largas», con tendencia a absorber las generaciones intermedias o «cortas», según la terminología de Marc Bloch⁶. Los acontecimientos traumáticos favorecen ese tipo de generaciones

³ RICOEUR, Paul: *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000 (hay traducción española: *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003).

⁴ ARÓSTEGUI, Julio: «Traumas colectivos y memorial generacionales: el caso de la Guerra Civil», en J. Aróstegui y F. Godicheau, *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 57-93; CUESTA, Josefina: ««Las capas de la memoria»: contemporaneidad, sucesión y transmisión generacionales en España (1931-2006)», en *Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria*, *Hispania Nova*, 7 (2007); JULIÁ, Santos: «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición,» *Claves de la Razón Práctica*, 129 (enero-febrero 2003), pp. 14-24.

⁵ BOURDIEU, Pierre: *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama, 1997; MARTÍN CRIADO, Enrique: «De la reproducción al campo escolar», en L. . Alonso y otros (eds.), *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*, Madrid, Fundamentos, 2004, pp. 67-114; MAUGER, Gérard: *Introduction a Karl Mannheim, Le Problème des Générations*, París, Editions Nathan, 1990.

⁶ PAVONE, Claudio: *Una Guerra Civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, p. 552; BLOCH, Marc, citado en Pascal Ory y Jean-François Sirinelli: *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV, 2007, pp. 304-305.

largas por su carácter de recuerdo dominante, sobre todo cuando se convierten en momento fundacional de una dictadura. A lo que se suma la dificultad para el relevo de las élites en el poder dentro de los regímenes totalitarios y autoritarios. Según este esquema interpretativo, en el franquismo se podría hablar de dos generaciones largas, la de quienes hicieron la Guerra y la de quienes no la hicieron⁷. La generación larga del antifranquismo intelectual que domina en este relato suele identificarse con la llamada «generación del 56», los «hijos de los vencedores y vencidos», como proclamaba un famoso manifiesto estudiantil ese año, o los «hermanos menores», como los llamó José María García Escudero para acusarlos de «neoliberales» y «maritenianos»⁸. Magdalena González ha hablado de la «generación herida» para referirse a los nacidos antes de 1940, y los límites se diluyen también por arriba, hacia lo que algunos hemos llamado «generación del 68»⁹.

Víctor Pérez Díaz ha utilizado el concepto de «generación de la Transición» en un reciente retrato sociológico de los nacidos entre 1935 y 1955, una generación intelectual que ha ocupado numerosos cargos institucionales, políticos y académicos tras el final de la dictadura, y que ahora se acerca a su jubilación¹⁰. Es evidente el riesgo que corremos de vaciar de contenido el concepto al ampliarlo más allá de grupos intelectuales reducidos, con una misma socialización y elaboración compartida de vivencias ante un hecho histórico decisivo, lo que Mannheim llamó «unidades de generación». Las cohortes demográficas se acaban superponiendo y desbordando ese segmento temporal de unos quince años que marca el relevo generacional, según Ortega, pero el concepto puede seguir siendo útil más allá de su sentido biológico y de parentesco como «una formación histórica singular que ofrece la ocasión de poner en escena la historia de la memoria», en palabras de Pierre Nora¹¹.

El largo viaje de una generación intelectual

Sabemos que el pasado oculto de los intelectuales forma parte de la historia cultural europea. Lo ha vuelto a recordar no hace mucho tiempo el caso de Gunter

⁷ Así se titulaban, por una parte, el libro del militante antifranquista Eduardo PONS PRADES (nacido en 1920): *Los que sí hicimos la Guerra*, Barcelona, Martínez Roca, 1973; por otra, el del falangista Rafael BORRÁS BETRIÚ (nacido en 1935): *Los que no hicimos la Guerra*, Barcelona, Nauta, 1971.

⁸ LIZCANO, Pablo: *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1981; LÓPEZ PINA, Antonio (ed.): *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 2010; GARCÍA ESCUDERO, José María: «La generación de los hermanos menores», *Alfêrez*, 8 (septiembre de 1947), p. 3.

⁹ GONZÁLEZ, Magdalena: «La generación herida. La Guerra Civil y el primer franquismo como seña de identidad en los nacidos hasta el año 1940», *Jerónimo Zurita*, 84 (2009), pp. 87-112; MUÑOZ SORO, Javier: «Entre la memoria y la reconciliación. El recuerdo de la República y la Guerra en la Generación de 1968», *Historia del Presente*, 2 (2003), pp. 83-100.

¹⁰ PÉREZ DÍAZ, Víctor y RODRÍGUEZ, Juan Carlos: *La generación de la Transición: entre el trabajo y la jubilación*, Barcelona, Servicio de Estudios de La Caixa, 2007.

¹¹ MARÍAS, Julián: *El método histórico de las generaciones*, Madrid, Revista de Occidente, 1954. Citado en RICOEUR, Paul: *La mémoire, l'histoire...*, p. 531.

Grass, cuya versión española sería la dura polémica que se desarrolló principalmente en las páginas de *El País* durante el verano de 1999 entre el escritor Javier Marías, la familia Aranguren, el filósofo Javier Muguerza y Elías Díaz, entre otros, a propósito del colaboracionismo de Aranguren con el régimen franquista y su presunta actividad como delator¹². El «Premio Nobel» Camilo José Cela también estuvo rodeado de polémica por sus actividades como censor e informador, llevadas a cabo durante casi dos décadas, como demuestran los documentos de la Oficina de Enlace creada por el Ministro Fraga Iribarne¹³. La expiación pública y el examen de conciencia individual fueron invocados a menudo cuando, con un léxico cristiano, se empezó a hablar de reconciliación desde finales de los cincuenta, aunque tales invocaciones parecían encontrarse con resistencias que acabaron por hacerlas bastante excepcionales.

El caso más conocido fue el *Descargo de conciencia* (1976), de Pedro Laín Entralgo. Hoy criticado por sus carencias y por su reinvención del pasado —de «inmundo» lo califica Benjamín Prado¹⁴—, en el momento de su aparición el libro provocó un considerable interés. A Julián Marías le produjo desazón y dudaba de su acierto porque había «cedido a esa obsesión judicial de nuestro tiempo, a ese afán por buscar culpabilidad». Carlos Seco tampoco lo creyó «oportuno», porque «¿quién sería el español coetáneo de la gran ruptura, capaz de lanzar la primera piedra?»¹⁵. Más positiva fue la acogida de Tierno Galván, quien reconocía que «no son muchos los españoles que han tenido el valor de Laín Entralgo de desnudarse, por así decirlo, en público», enmarcándolo en un proceso largo y admirable de expiación cristiana¹⁶. El propio Laín, dos semanas después de aparecer *El País* en los quioscos y con motivo de la publicación del libro, declaraba en primera página: «He sido estúpidamente falangista». Y dejaba clara la naturaleza absolutoria de esa confesión cuando, todavía en 1981, apelaba a la valentía para hacer un examen de conciencia tanto en la izquierda como en la derecha, para poder confesar

¹² «Aranguren delator franquista» (www.filosofia.org/bol/not/bn006.htm).

¹³ Sus actividades como censor y delator en los años cuarenta eran bien conocidas, pero creó cierta polémica la revelación de un documento que demostraba sus actividades como informador sobre sus colegas escritores, publicado en Ysàs, Pere: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 52-53.

¹⁴ PRADO, Benjamín: *Mala gente que camina*, Madrid, Santillana, 2006, p. 124.

¹⁵ MARÍAS, Julián: «La confesión histórica», *El País* (22-VI-1976). Citado en GIRALDO, Conrado: «Pedro Laín Entralgo como historiador: un análisis de la generación y de la biografía como argumentos para la conciliación», *Azafea. Revista Filosófica*, 10 (2008), pp. 179-198.

¹⁶ «Alguien escribirá alguna vez la conducta general y las determinaciones de grupo de los que lucharon contra sí mismos por principios de honradez con referencia concreta a lo que hicieron en sus años juveniles o después de la Guerra. Será la historia del esfuerzo por lograr la purificación. En el fondo, una historia cívico-cristiana, que difícilmente podría darse en otro país con la profundidad que se ha dado y aún se da en España»; TIERNO GALVÁN, Enrique: *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 117-118.

««también yo erré, también yo delinquí». Y luego, a trabajar, opinar y divertirse, conviviendo»¹⁷.

Sabemos que este examen de conciencia conllevaba casi inevitablemente una reinención más o menos consciente del propio pasado, en la que solían evitarse los aspectos más oscuros de la colaboración con el régimen en su primera etapa. Se buscaban las semillas de una evolución «silenciosa», como la ha definido Jordi Gracia¹⁸, dado que las actitudes disidentes ahora reveladas no coincidían con los comportamientos públicos de entonces. Un proceso narrativo y psicológico que está en la base de la conocida paradoja del «falangismo liberal», igual que en la Italia posfascista lo estuvo de otras semejantes como el «fascismo de izquierda» o el «fascismo antifascista», el de quienes creyeron —equivocadamente— hallar en el fascismo la expresión política de sus ansias de justicia social. Así como está presente en los numerosos relatos que dieron coherencia, sentido y renovada identidad a los fascistas derrotados de 1945, el más conocido de ellos *El largo viaje* de Zangrandi¹⁹.

Carlos París, por ejemplo, si bien reconoce que «colaboré en revistas del SEU y desarrollé actividades dentro de este sindicato creado por la Falange —y de adscripción obligatoria para los estudiantes de aquella época—, ello se realizó bajo la sugestión de la pretendida ««revolución nacional-sindicalista» y en oposición al régimen franquista». El salto al marxismo dejaba de ser tal, para convertirse en una evolución coherente en esa búsqueda sincera de un ideal:

No es de extrañar, entonces, que, posteriormente, librado de aquellos espejismos juveniles, encontrara en el ideal comunista de la sociedad sin clases, la sociedad de productores asociados, en términos de Marx, la autenticidad del ideal revolucionario²⁰.

A las estrategias discursivo-psicológicas del «gueto al revés» se sumó en esas biografías otra muy habitual, la de transferir toda la culpa a un solo hombre, al líder, a Franco, traidor de unos ideales fascistas originarios cuya perversidad intrínseca podía así no ser asumida. En varias de sus numerosas colaboraciones a *El País* durante los años de la Transición, Antonio Tovar reconoció que conoció por dentro aquella «política atroz y apocalíptica», y aquel «régimen impresentable y

¹⁷ LAÍN ENTRALGO, Pedro: «Sobre la convivencia en España», *El País* (7-V-1980).

¹⁸ GRACIA, Jordi: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.

¹⁹ ZANGRANDI, Ruggero: *Il Lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, Turín, Einaudi, 1948; PEÑALVA, Joaquín Juan: «Descargos, diarios y palinodias: algunos ejemplos de literatura memorialística en la generación del 36», *Anales de Literatura Española*, 14 (2000-2001), pp. 97-133; LA ROVERE, Luca: *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008; y «Los intelectuales italianos y la transición al posfascismo», en J. Muñoz Soro (ed.), *Los intelectuales en la Transición*, Ayer, 81 (1/2011), pp. 109-143.

²⁰ PARÍS, Carlos: «Puntualizaciones a Fernando Savater», *El País* (24-III-2007).

corrupto, basado en la adulación y en el encubrimiento, un régimen que nos ha quitado a todos el sentido de la educación ciudadana». La justificación es que se dejó «llevar de la oposición, entonces absorbente, entre fascismo y comunismo, eligiendo uno de los dos campos, con olvido de que seguía existiendo en medio la variada opción de la libertad», pero también que Franco, «aquel hombre vulgar y gris, vacío de contenido» las consignas de Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera, esencialmente «un hombre sincero»²¹. Incluso Aranguren no podía evitar ciertas nostalgias falangistas cuando comparaba «la gallardía juvenil de José Antonio» con la actitud opuesta de Blas Piñar y los militares golpistas del 23-F, o cuando proponía que «nuestro ausente de hoy podría ser Dionisio Ridruejo»²².

No encontramos, con la excepción de Ridruejo, nada parecido a una reflexión sobre el totalitarismo y sus consecuencias, donde tenga cabida la propia experiencia vital²³. Tanto menos encontraremos algo parecido a una asunción de responsabilidades o de culpas en los numerosos libros de memorias que algunos notorios intelectuales, políticos y militares del régimen —José M. Pemán, Pedro Sainz Rodríguez, Juan Beneyto, Serrano Súñer, Alfredo Kindelán, Manuel Fraga o José M. de Areilza— publicaron durante esos años. Así, Sainz Rodríguez declaraba en una entrevista a Manuel Vicent:

Yo he sido siempre enemigo de las dictaduras militares [...] Yo era partidario del olvido, del perdón, lo que propugnaba la Monarquía». Mientras que Serrano Súñer hablaba de «las ilusiones perdidas, las promesas altas, las esperanzas de los que, en Burgos, en medio de los horrores de la Guerra Civil —que nadie que esté en su sano juicio podrá desconocer y dejar de lamentar— soñábamos, con patriotismo ardiente, en una nueva España refundida»²⁴.

Pero lo que me interesa aquí es analizar cómo esas estrategias discursivas y psicológicas de los intelectuales en busca de una nueva identidad, destinadas a dar coherencia a su trayectoria vital, se han valorado y valoran hoy en la España democrática. En la evolución de esos intelectuales muchos han visto una parte importante de las raíces morales de la transición democrática, mientras que otros, sobre todo en los últimos años, han visto precisamente en esta reivindicación de su herencia una demostración más de los vicios de origen de la actual democracia. Lo que sí puede constatar es la importancia que su conmemoración ha tenido, desde el primer momento, en la memoria del antifranquismo.

²¹ TOVAR, Antonio: «El compromiso con la libertad», *El País* (25-V-1981).

²² ARANGUREN, José Luis: «La ausencia de Dionisio Ridruejo, hoy», *El País* (29-IX-1981).

²³ Véase al respecto las reveladoras páginas de MORENTE, Francisco: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006.

²⁴ *El País* (17-VIII-1981); ««Nuestro alejamiento del régimen fue hace ya 35 años». Serrano Súñer presentó sus *Memorias*», *El País* (13-VII-1977).

En los años sesenta el exilio fue dejando de lado su inicial escepticismo hacia la evolución de esos intelectuales y su desconfianza ante la influencia que parecían ejercer sobre buena parte de las nuevas generaciones antifranquistas en el interior. Es verdad que algunos siguieron desconfiando de la sinceridad de la que el escritor Max Aub llamó «generación de los arrepentidos», igual que rechazaron la política de reconciliación emprendida por los dirigentes comunistas y socialistas desde los años cincuenta, interpretándola como una amnistía de hecho a la brutal represión franquista, y dudaron de la relevancia real del antifranquismo interior, pues sólo servía «para defender al régimen de los escándalos nacionales y extranjeros habituales»²⁵. Pero fueron cada vez menos y lo más significativo acabó siendo, por un lado, el acercamiento de los comunistas y socialistas hacia esos intelectuales políticos procedentes de la dictadura y, por otro, la reacción contraria de sus antiguos correligionarios, recordando su «traición» en opúsculos como *Los nuevos liberales. Florilegio de un ideario político* (1963). Elaborado desde el Ministerio de Información y Turismo de Fraga Iribarne, retomaba fragmentos de discursos pronunciados en la inmediata posguerra por quienes ahora criticaban públicamente esos ideales.

En la actualidad, la izquierda más cercana a los movimientos de la memoria histórica ha revisado en clave muy crítica esa apertura de la izquierda en los años sesenta hacia los intelectuales que rompieron con el franquismo sin haber llevado a cabo una severa autocrítica de su actuación anterior.

Así, al escritor Benjamín Prado le parece «una vergüenza» que se hable «como un campeón de la democracia de Dionisio Ridruejo» cuando existen Lorca, Miguel Hernández o Machado y miles de fusilados en las cunetas, y se pregunta: «¿Por qué produce tanta irritación meterse en este país con alguien como Ridruejo?»²⁶. El interés por la figura de Ridruejo ha sido criticado como «revisionismo centrado» —se supone que para diferenciarlo de otro «revisionismo» peor— que además de una condenable «fascinación» por semejantes personajes, se empeña en «encontrar liberales en el bando vencedor [...] con el fin de colocarlos en la columna vertebral del movimiento democrático», al mismo tiempo que omiten el impacto que tuvo la izquierda vinculada al movimiento obrero y a las clases subalternas²⁷. Desde una generación anterior y un deseo de «convertir en historia nuestro pasado», por tanto muy alejado de los objetivos del movimiento de la memoria histórica, Antonio

²⁵ AUB, Max: *La gallina ciega. Diario español*, Barcelona, Alba, 1995, pp. 106, 180, 243, 310-311 y 512.

²⁶ PRADO, Benjamín: *Mala gente que camina*, Madrid, Santillana, 2006, p. 124; Foro Complutense. «Escritores en la biblioteca: benjamín prado» (8-II-2007, en www.ucm.es/info/figu).

²⁷ FONT AGULLÓ, Jordi: «Entre el souvenir memorial y la construcción de una historia crítica de la memoria», *Mientras Tanto*, 97 (invierno 2005), p. 80. Jordi Font, en la actualidad director del Museu Memorial de l'Exili, se refiere a Jordi Gracia y Javier Cercas.

López Pina responde a los «añoradores del *Laín bueno*» que «sin las luchas del movimiento obrero, desde los primeros años sesenta, todas las filigranas de salón, desde 1962, de miembros de la burguesía ilustrada, Laín incluido, no se habrían bastado para el desmantelamiento del régimen». Aparte de que Laín no había pasado por ese expediente purificador que fue el encarcelamiento, a diferencia de Ridruejo, o la expulsión de la cátedra, caso de Aranguren²⁸.

Desde los medios de comunicación de la derecha su valoración no parece ser mejor, como demuestra el éxito del libro *Yo tenía un camarada. El pasado franquista de los maestros de la izquierda*, donde el ex comunista César Alonso de los Ríos recuerda una vez más y con énfasis parecido al franquista *Florilegio* la ocultación que los «falangistas liberales», luego presuntos maestros de la izquierda, habrían hecho de su propio pasado²⁹. En el caso de Alonso de los Ríos y otros como Pío Moa, la introspección en el propio pasado de militancia en la izquierda se lleva a cabo no como una forma de autocrítica, ni siquiera de interpretación del pasado y el presente a través de una experiencia vital considerada hoy equivocada o como mínimo superada, sino con un afán instrumental de denuncia contra el «progresismo» y la izquierda. Con la autoridad del testigo, «yo estaba allí», pero sin la responsabilidad del participante, actitud muy distinta a la de intelectuales de una generación anterior, como los hermanos Jorge y Carlos Semprún.

El acercamiento de la mayor parte de esos intelectuales ex falangistas al PSOE, al menos en su intención de voto en 1982, y su colaboración con el grupo PRISA puede dar alguna clave para comprender la construcción de esa «antimemoria del antifranquismo» o ese «anti-antifranquismo» por parte de algunos medios. En palabras de Pío Moa, «los Laín Entralgo, López Aranguren, Tovar y Haro Tecglen publicaban en *El País*. Cuando murieron se les despidió con coronas de elogios, procurando —ya entonces funcionaba la memoria histórica— olvidar su pasado, como hacía ya ejemplarmente ese maestro de la corrupción intelectual, vulgo la trola, que es Juan Luis Cebrián». Para Agapito Mestre, «en estos tiempos en que es tan fácil ser antifranquista, hay una funesta manía de presentar a Ridruejo por encima de su etapa falangista y franquista»³⁰. La valoración neoconservadora del antifranquismo en su conjunto es muy negativa, pese a que muchos de sus publicistas militaron durante su juventud en alguno de los grupos más radicales. Ahora

²⁸ LÓPEZ PINA, Antonio: «La interpretación y el procesamiento de la historia de España», *Sistema*, 214 (enero 2010), pp. 29-50. López Pina ha coordinado una reciente obra colectiva sobre *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

²⁹ DE LOS RÍOS, César Alonso: *Yo tenía un camarada. El pasado franquista de los maestros de la izquierda*, Madrid, Altera, 2007.

³⁰ MOA, Pío: «Antifranquistas ¿Quién no es mejor que su propia biografía?», *Libertad Digital* (3-I-2010); MESTRE, Agapito: recensión a *Casi unas memorias*, edición de Jordi AMAT, *Libertad Digital* (6-IX-2007).

lo identifican con las utopías revolucionarias y totalitarias, asociando su herencia no ya la democracia, sino explícita o implícitamente con la violencia terrorista³¹.

Por último, junto al mito del «falangismo liberal», la idea de una «tercera España» ha sido también funcional para la interpretación de un antifranquismo germinal o críptico que habría alimentado el antifranquismo político, e incluso le habría dado legitimidad frente a las tendencias totalitarias o revolucionarias de comunistas, anarquistas o, ya en los sesenta, de la «nueva izquierda» trotskista y maoísta. Así, Ruiz-Giménez, que «a punto de ser «paseado» en noviembre de 1936 y que colaboró lealmente con Franco, quiso ser un puente entre las dos Españas, ésas que helaban el corazón de los españolitos». Es verdad que

tuvo la ingenuidad de confiar en la evolución hacia la democracia del régimen dictatorial franquista [...] Pero cuando comprobó que no era así, no se conformó, actuó críticamente y predicó el respeto a los derechos humanos y la necesidad de la transformación del sistema³².

En una reciente exposición sobre Gregorio Marañón se puede leer que

sus reiterados testimonios en favor de la reincorporación de los exiliados a la vida española, la amistosa cercanía que mantuvo con muchos de ellos; sus ayudas a todos los perseguidos que acudieron a él; su intervención en el homenaje que la universidad tributó a Ortega y Gasset tras su fallecimiento; y sus declaraciones críticas hacia la dictadura en la prensa extranjera, conformaron una conducta liberal excepcional en aquellos tiempos³³.

Sin embargo, se silencian sus declaraciones favorables a Franco en esa misma prensa nacional y extranjera. Es un ejemplo, entre otros, de las conmemoraciones que incluyen a los intelectuales liberales en el magma de una cultura antifranquista. En 1983, con motivo de una exposición sobre Ortega y Gasset, *El País* afirmaba:

Que don Juan Carlos —nieto del monarca a cuyo destronamiento Ortega contribuyó tras la dictadura de Primo de Rivera— inaugure la exposición *Ortega y su tiempo* y que Felipe González —Presidente de un Gobierno socialista y secretario general del PSOE fundado por Pablo Iglesias— esté presente en la apertura del Centro Ortega y Gasset confieren, por eso mismo, un doble valor simbólico a este centenario: mientras la figura y la obra de Ortega pertenecen ya a todos los españoles, la España de los años ochenta se sustenta en buena

³¹ Entre otros, MOA, Pío: «Un autorretrato del antifranquismo», *Libertad Digital* (18-X-2002); «¿Por qué duró tanto el franquismo?», *Libertad Digital* (28-X-2005); «La enfermedad del antifranquismo retrospectivo», *Libertad Digital* (4-XI-2005). También MARCO, José María: «Maestro de liberales», *El Mundo* (8-IV-1998), donde se pregunta retóricamente «¿Cuántos homenajes se dedicaron al estalinista Tuñón de Lara y cuántos se van a dedicar a Díez del Corral?».

³² DE LA CUADRA, Bonifacio: «Fallece Ruiz-Giménez, el líder democristiano excluido de la Transición», *El País* (28-VIII-2009).

³³ *Marañón, 1887-1960. Médico, humanista y liberal*, organizada por la Biblioteca Nacional de España, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la Fundación Gregorio Marañón, y comisionada por Juan Pablo Fusi.

medida sobre los valores bosquejados y defendidos por el hoy homenajeado a lo largo de su existencia³⁴.

La memoria de los intelectuales y los intelectuales sin memoria

El debate historiográfico sobre esos intelectuales procedentes del franquismo y su función de «puente» entre el liberalismo anterior a la Guerra y las nuevas generaciones universitarias es seguramente el de más calado entre los que se han suscitado sobre la cultura antifranquista. El éxito de *Historia de las dos Españas*, de Santos Juliá, y *La resistencia silenciosa*, de Jordi Gracia renovó un debate que venía de lejos sobre la cultura en el franquismo, sus «eriales», «páramos» y «vegetaciones». En esta polémica se han sucedido otros episodios significativos, como las críticas de Alfonso Sastre a la «escuela de Madrid» de Julián Marías y los orteguianos, las de Francisco Umbral a los «laínes» en *La leyenda del César visionario*, de Julio Rodríguez Puértolas en su *Literatura fascista española* o de Gregorio Morán en *El maestro en el erial*³⁵.

¿Dónde se encuentran «las raíces morales e intelectuales de la oposición política al franquismo», como las ha llamado Antonio García Santesmases?³⁶ La respuesta a esa pregunta es por fuerza polémica y ha desbordado el mero ámbito historiográfico, donde además los historiadores escriben desde una historia vivida, como sujetos con un pasado. En general el debate no ha puesto en duda la aportación de esos intelectuales a la democracia, pues con un carácter más político en Ridruejo, más jurídico en Ruiz-Giménez, más académico en Laín Entralgo o más filosófico-moral en Aranguren, todos ellos han sido referentes en la construcción de una cultura antifranquista. En el caso de Aranguren incluso enlazando con las generaciones más jóvenes y la «contracultura», hasta llegar a ser considerado el intelectual por excelencia de la Transición. Se ha disentido, sin embargo, sobre una cuestión ética de fondo: la intensidad de la identificación de esos intelectuales primero con el fascismo y luego con el franquismo, y su reconocimiento posterior de tal identificación.

Para García Santesmases es «terrible e injusto» hacer esa equiparación de todos los que colaboraron con el régimen, porque «se les acaba estigmatizando como

³⁴ «Editorial», *El País* (9-V-1983).

³⁵ MARÍAS, Julián: «La Vegetación del Páramo», *La Vanguardia Española* (19-XI-1976); y «¿Por qué mienten?», *ABC* (16-I-1997); UMBRAL, Francisco: *Leyenda del César Visionario*, Barcelona, Seix Barral, 1991; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio: *Literatura fascista española*, Madrid, Akal, 1986; MORÁN, Gregorio: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998. Véase LAÍN MARTÍNEZ, Pedro: «Difamación de Laín Entralgo y Ridruejo», *El Mundo* (19-II-1991). Una crítica, a propósito del libro de Morán, sobre la aportación del liberalismo a la democracia, en LACASTA ZABALZA, José Ignacio: «Ortega y Gasset y la memoria antifranquista», *Sistema*, 147 (1998), pp. 61-78.

³⁶ GARCÍA SANTESMASES, Antonio: «¿Eran de barro nuestros maestros? (Sobre las raíces morales e intelectuales de la oposición política al franquismo)», *Isegoría*, 31 (2004), pp. 255-265.

nazis arrepentidos», lo que ha provocado que «muchas de estas figuras quedaran sepultadas en el olvido»³⁷. Otros destacados intelectuales socialistas como Elías Díaz o Gregorio Peces-Barba han lamentado reiteradamente que la democracia no haya hecho justicia a la memoria de sus maestros, en particular a Joaquín Ruiz-Giménez, aunque como ellos mismos han explicado no le votaron llegado el momento de las primeras elecciones democráticas³⁸. Con ocasión de la muerte de Ruiz-Giménez en agosto de 2009, las necrológicas han repetido esa idea de que los españoles no «apoyaron ni le agradecieron suficiente lo que había hecho para educar a las multitudes como apóstol de la libertad», aunque fuera elegido por amplio consenso parlamentario como primer Defensor del Pueblo³⁹.

Una consulta a las fuentes hemerográficas, sin embargo, demuestra que Dionisio Ridruejo, por ejemplo, fue a gran distancia la figura más celebrada desde las páginas de *El País* en los años de la Transición⁴⁰. Ese presunto déficit de reconocimiento por las instituciones democráticas sería debido, según García Santesmases, al recambio generacional de casi todos los partidos políticos de izquierda en la Transición, pero también a que «la derecha más reaccionaria los sigue viendo como traidores» y «la izquierda más joven los ve perdidos en la bruma de los años cuarenta y cincuenta (en los tiempos del erial)»⁴¹.

Entre los propios protagonistas no hay acuerdo sobre la función de «puente» generacional de dichos intelectuales y su importancia en la transmisión de los valores liberales. Como había ocurrido antes en los fascismos europeos, muchos de los jóvenes socializados bajo la dictadura hablaron de una generación sin maestros, de «huérfanos» o con unos maestros que parecían «de barro», según la expresión de

³⁷ GARCÍA SANTESMASES, Antonio: «La actualidad política del pensamiento de Laín Entralgo», *Sistema*, 210 (mayo 2009), pp. 99-112.

³⁸ «Muchos, al menos muchos de sus amigos, yo también, nos sentimos un poco culpables ante él: le queremos, le admiramos, pero en 1977, en las primeras elecciones generales, cuando al fin llegó la democracia por la que Ruiz-Giménez tanto había trabajado, no le votamos, no podíamos votar su lista electoral», Díaz, Elías: *De la institución a la constitución. Política y cultura en la España del siglo xx*, Madrid, Trotta, 2009, pp. 90-91.

³⁹ ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, Juan Antonio: «Inventor del diálogo, precursor del consenso», *El País* (28-VIII-2009); PECES-BARBA, Gregorio: «Un soñador para un pueblo», *El País* (28-VIII-2009); Peces-Barba ya reclamaba en 1981 «un gran homenaje nacional de gratitud a Joaquín Ruiz-Giménez», *El País* (4-IX-1981).

DE LA CUADRA, Bonifacio: «Fallece Ruiz-Giménez, el líder democristiano excluido de la Transición», *El País* (28-VIII-2009).

⁴⁰ LÓPEZ ARANGUREN, José Luis, LAÍN ENTRALGO, Pedro, MARAVALL, José Antonio y SERRANO SÚÑER, Ramón: «Dionisio, de todos», *El País* (4-VII-1976); Editorial, «El legado de Dionisio Ridruejo», *El País* (29-VI-1977); GULLÓN, Ricardo: «En recuerdo de Dionisio Ridruejo», *El País* (22-VI-1977); LAÍN ENTRALGO, Pedro: «El recuerdo de Dionisio Ridruejo»; y SOTELO, Ignacio: «Dionisio Ridruejo y la salida del franquismo», *El País* (9-VII-1978); Editorial, «Dionisio Ridruejo: ética y política», *El País* (29-VI-1979); Editorial, «Dionisio Ridruejo», *El País* (29-VI-1980); Editorial, «Muera la inteligencia», *El País* (5-VI-1981).

⁴¹ GARCÍA SANTESMASES, Antonio: «La actualidad política...», *op. cit.*

Juan Benet⁴². Pero otros sí encontraron en el magisterio de algunos de ellos un referente de su maduración intelectual y de su activismo político antifranquista. José Luis Abellán ha escrito que los protagonistas de los sucesos de 1956 no surgieron por «generación espontánea» y entre los maestros influyentes para su generación destaca a los profesores Tierno Galván y Aranguren, igual que Antonio Elorza, Jaime Pastor y José Álvarez Junco citan a los profesores Antonio Maravall y Luis Díez del Corral; Ignacio Sotelo a Ridruejo y Laín Entralgo; Elías Díaz, Gregorio Peces-Barba, Virgilio Zapatero y muchos otros jóvenes redactores de la revista *Cuadernos para el Diálogo* a Joaquín Ruiz-Giménez; Javier Muguerza y Rubert de Ventós a Aranguren y José María Valverde; Francisco Rico y José Carlos Mainer a Martín de Riquer; Gabriel Tortella a Alberto Ullastres. Referentes todos ellos en la nueva navegación emprendida durante los años sesenta, después de haber pasado por el entusiasmo totalitario de la victoria y el intimismo existencial en los cincuenta, dominados por un «ansia de responsabilidad» y un considerable sentido de culpa, como ha escrito Shirley Mangini⁴³.

En este debate se oponen tres líneas interpretativas de la evolución de los intelectuales franquistas hacia la democracia que suelen presentarse como excluyentes. Por un lado, la pervivencia más o menos silenciosa del liberalismo, que permitiría a largo plazo su recuperación por quienes habían sido desbordados por la radicalización y brutalización de la política en los años treinta (la llamada «tercera España») e incluso habían hecho de la contraposición a él parte esencial de su pensamiento y acción política (los llamados «falangistas liberales»). Por otro, el fracaso del proyecto patrocinado por esos mismos intelectuales falangistas y católicos, que habría llevado a muchos de ellos a su alienación política, a su alejamiento de la dictadura y, con diferentes tiempos y ritmos, hacia el liberalismo, la democracia o el marxismo. Por último, la que considera interesada dicha atención predominante hacia unos intelectuales que, en realidad, sólo habrían desempeñado un papel testimonial frente a la importancia cualitativa y cuantitativa de la lucha en el exilio de las organizaciones que habían formado parte del Frente Popular republicano y de su lucha clandestina en el interior, cada vez más vinculada al surgimiento de una «nueva izquierda» y la creciente movilización social (obrera, estudiantil,

⁴² La cita de Benet dice exactamente: «Por más que alguno trate ahora de pasarles al mármol la verdad es que las grandes figuras de nuestra juventud eran todas de barro», en BENET, Juan: *Otoño en Madrid hacia 1950*, Madrid, Alianza, 1987, p. 91.

⁴³ MANGINI, Shirley: *Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo*, Barcelona, Anthropos, 1987, pp. 83 y ss.; véase DÍAZ, Elías: *Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza, 1994; y MUÑOZ SORO, Javier (ed.): *Intelectuales y segundo franquismo, Historia del Presente*, 5 (2005). Testimonios sobre el magisterio de liberales como José Antonio Maravall o José Luis Corral sobre los jóvenes militantes antifranquistas se pueden encontrar en sus obituarios, por ejemplo PASTOR, Jaime: «Un liberal respetado», *El Mundo* (8-IV-1998); o ÁLVAREZ JUNCO, José: «Prestancia», *El País* (14-IV-1998).

vecinal, feminista, etcétera). Seguramente las tres interpretaciones son necesarias para comprender un fenómeno desarrollado en un largo periodo de tiempo, como mínimo de unos veinte años, y para explicar cómo las disidencias internas y las oposiciones exteriores fueron convergiendo, aun con gran dificultad, hacia una línea unitaria de oposición al franquismo.

El franquismo banal

A la muerte de Franco en 1975 siguió, como era de esperar, la aparición de numerosas obras sobre la dictadura que habían sido censuradas durante años, o que contaban cosas que nunca antes habían podido ser contadas, o bien que trataban de interpretar el largo periodo de la historia española que se cerraba con la muerte del dictador. Se publicaron también libros que daban detalles curiosos o incluso morbosos sobre quienes, hasta ayer, habían dirigido los destinos del país con un férreo control sobre los medios de comunicación y, por tanto, sobre su propia imagen. Un importante fenómeno cultural y de costumbres, que recuerda lo ocurrido en Italia o Alemania después de 1945, y que podemos definir como «banalización» del franquismo.

Una larga lista de libros de memorias e informaciones personales relacionadas con el entorno de la familia Franco demuestra ese interés morboso y en parte desacralizador hacia la figura carismática y hasta entonces intocable del *Caudillo*. Por ejemplo, las siete ediciones de *Nosotros, los Franco*, de Pilar Franco, las tres de *Cuarenta años junto a Franco* de su médico personal, Vicente Gil, o las nada menos que dieciséis de *Yo, Jimmy: mi vida entre los Franco*, de Joaquín Jiménez Arnau. En éstos y otros libros sobre los aspectos cotidianos de aquellos años, pasando de puntillas por los más duros o violentos, como *Genealogía de la familia Franco*, *Agonía y muerte de Franco*, *Los chistes de Franco* o *El sexo del franquismo*, se daba una imagen edulcorada, amable o caricaturesca de la dictadura. La aparición de *Mis conversaciones privadas con Franco*, escritas por su primo carnal y ayudante de cámara, suscitó asimismo gran interés y cierta polémica. Para unos supuso descubrir un dictador prosaico, cruel y frío; para otros, como Ricardo de la Cierva en la recensión del libro para *El País*, no se trataba sino de una «venganza florentina» que no conseguiría empequeñecer «la figura del Caudillo [...] ante la historia»⁴⁴.

Santos Juliá ha estudiado el reflejo en el mundo editorial del interés por el franquismo y la Guerra Civil para desmentir las versiones más generalizadoras del llamado «pacto del olvido», o al menos para no extender al mundo de la cultura ni a otras expresiones de la esfera pública lo que no habría sido sino una metáfora de la renuncia a utilizar el pasado histórico en la confrontación política⁴⁵. No hubo,

⁴⁴ DE LA CIERVA, Ricardo, «La venganza del ayuda de cámara», *El País* (10-X-1976).

⁴⁵ JULIÁ, Santos: «Memoria, historia y política de un pasado de Guerra y dictadura»; y AGUILAR,

sin embargo, nada semejante a los estudios sobre la Resistencia en Italia, muy numerosos desde los primeros años de la posguerra, hasta construir ya en los años sesenta un discurso antifascista hegemónico apoyado desde instituciones públicas, los *Istituti per la Storia Della Resistenza*, que se convirtieron en los principales centros productores de historiografía sobre el periodo⁴⁶. Al revés, los estudios sobre el régimen fascista, sus estructuras y personal político, su cultura, propaganda y construcción de consenso tuvieron que esperar a los primeros estudios de Renzo De Felice en los años setenta.

En España los estudios sobre la oposición antifranquista durante los años de la Transición fueron pocos y polémicos. El PCE criticó el libro de Javier Tusell por marginar a los comunistas como no demócratas y si bien acogió positivamente el libro de Sergio Vilar, quien por esas fechas entraba en el partido, un sector representado por Manuel Sacristán y la revista *Nous Horitzons* lo atacó duramente por dar una sensación de «normalidad» política de la oposición, con todas las tendencias políticas representadas en las pequeñas «capillas» de unos líderes de orígenes franquistas. Ambos libros compartían una visión netamente política de la oposición, pero aparte de ellos no hubo mucho más, si no el pionero estudio de José María Maravall sobre la movilización de los obreros y estudiantes en los últimos años de la dictadura⁴⁷.

El resto fue obra en su mayor parte de periodistas o protagonistas ajenos al campo historiográfico profesional, como los libros de Daniel Sueiro sobre el Valle de los Caídos, de Llibert Ferri, Jordi Muixí y Eduardo Sanjuán sobre el movimiento obrero en la posguerra, de Eliseo Bayo sobre los atentados fallidos contra Franco o varios sobre la represión cultural, como el de Josep Benet sobre Cataluña. Los estudios de Valentina Fernández Vargas, Fernando Jáuregui o Pedro de Vega aparecieron ya en los ochenta, y otros fueron obra de hispanistas como Paul Preston, Giuliana Di Febo o Hartmut Heine. Hubo que esperar hasta octubre de 1988 para que se celebrara el primer congreso sobre la oposición al régimen de Franco, organizado en la UNED por Javier Tusell⁴⁸.

Paloma: «La evocación de la Guerra y del franquismo en la política, la cultura y la sociedad españolas», en S. Juliá (dir.), *Memoria de la Guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 27-77 y 279-317, respectivamente.

⁴⁶ Hay una red nacional que engloba todos ellos: INSMLI: www.italia-liberazione.it/it/rete.php.

⁴⁷ TUSELL, Javier: *La oposición democrática al franquismo, 1939-1962*, Barcelona, Planeta, 1977; VILAR, Sergio: *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura 1939-1969*, París, Editions Sociales, 1969; PALA, Giaime: «Sobre el camarada Ricardo. El PSUC y la dimensión de Manuel Sacristán (1969-1970)», *Mientras Tanto*, 96 (invierno 2005), pp. 47-75; MARAVALL, José María: *Dictadura y disenso político: obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978.

⁴⁸ SUEIRO, Daniel: *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, Madrid, Sedmay, 1976; FERRI, Llibert, MUIXÍ, Jordi y SANJUÁN, Eduardo: *Las huelgas contra Franco (1939-1956): aproximación a una historia del movimiento obrero español de posguerra*, Barcelona, Planeta, 1978; LLARCH, Joan: *Los campos de con-*

En realidad, la recuperación de la memoria histórica del antifranquismo ni siquiera fue una prioridad para la misma izquierda, con pocas excepciones⁴⁹. Así, por ejemplo, en *Mientras Tanto*, revista de pensamiento marxista fundada por Sacristán, entre su gran variedad de temas no aparece ninguno relacionado con la Guerra y el franquismo hasta el año 2005. Otro órgano de pensamiento de la izquierda socialista como *Sistema*, más atento al pasado con artículos sobre el exilio o sobre Tierno Galván, tampoco afrontó este tema de manera más sistemática hasta la década de los noventa. Sí ocupó mayor espacio precisamente en la prensa menos vinculada a partidos o proyecto políticos durante la Transición, como *Cuadernos para el Diálogo*, *Triunfo*, *Interviú* o *Cambio 16*⁵⁰.

Hoy la búsqueda por la voz «antifranquismo» en los fondos de la Biblioteca Nacional de España arroja once resultados, incluidos un libro de Ricardo de la Cierva y el catálogo de una exposición, muy por debajo de los setenta encontrados para la voz «antifascismo», en gran parte publicados durante los años treinta y la Guerra Civil. El contraste es evidente no ya sólo con la importancia cuantitativa de los estudios sobre el antifascismo europeo —sólo en Italia se han contabilizado 2.595 obras⁵¹—, sino también con el gran número de memorias, relatos y estudios sobre los años de la Segunda República, la Guerra Civil y el primer Franquismo, e incluso con los dedicados ya desde muy pronto al régimen franquista, su naturaleza, su cultura y su ideología⁵². Alguna vez se ha comentado la actitud evasiva de

centración en la España de Franco, Barcelona, Producciones Editoriales, 1978; BAYO, Eliseo, *Los atentados contra Franco*, Barcelona, Plaza y Janés, 1976; ROMERO CUESTA, Armando: *Objetivo: matar a Franco. La Falange contra el Caudillo*, Valencia, Barbarroja, 1976; AZPIAZU, Iñigo: *Misión: ejecutar a Franco*, Barcelona, Hamaika, 1977; BENET, Josep: *Catalunya sota el règim franquista*, Barcelona, Blume, 1978; FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina: *La resistencia interior en la España de Franco*, Madrid, Istmo, 1981; JÁUREGUI, Fernando y VEGA, Pedro de: *Crónica del antifranquismo*, Barcelona, Argos Vergara, 1984; PRESTON, Paul: *España en crisis: evolución y decadencia del régimen de Franco*, México, FCE, 1978; DI FEBBO, Giuliana: *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979; HEINE, Hartmut: *La oposición política al franquismo*, Barcelona, Crítica, 1983; TUSELL, Javier; ALTED, Alicia y MATEOS, Abdón (eds.): *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990.

⁴⁹ Por ejemplo, VIDAL-BENEYTO, José: *Diario de una ocasión perdida: materiales para un principio*, Barcelona, Kairós, 1981. En 1995 fundó la asociación Memoria Democrática junto a Jaime Gil-Robles, Jaime Pastor, Jaime García de Vinuesa y Paca Sauquillo.

⁵⁰ Por ejemplo, HARO TECGLÉN, Eduardo: «20 noviembre: el franquismo que no cesa»; y MORENO, Juan: «En el valle del nacional-catolicismo», *Triunfo*, 721 (20-XI-1976), pp. 29-41; o GONZÁLEZ-CALERO, Alfonso: «Ruedo Ibérico. La contrahistoria del franquismo», *Triunfo*, 792 (I-IV-1978), pp. 26-28. Véase CHAPUT, Marie-Claude: «Histoire et mémoire dans *Triunfo* (1975-1982)», en M.-C. Chaput y J. Maurice (eds.), *Espagne XXe siècle. Histoire et mémoire, Regards/4*, Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-américaines, Paris x-Nanterre, 2001, pp. 49-73; y MUÑOZ SORO, Javier: *Cuadernos para el Diálogo. Una historia cultural del segundo franquismo (1963-1976)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 147-159.

⁵¹ DE BERNARDI, Alberto: *Discorso sull'antifascismo*, Milán, Bruno Mondadori, 2007, p. 201

⁵² Entre otros, los de Amando de Miguel, Antonio López Pina, Ramón Tamames, Rafael López Pintor, Javier García Fernández, José-Carlos Mainer, Rafael Abella, Alexandre Cirici, Román Gubern, Antonio Bonet Correa, Doménec Font, Castilla del Pino, Carlos Moya, Manuel Ramírez, Ricardo Chueca,

la izquierda intelectual española hacia su propia «historificación», muy diferente de otras resistencias europeas al fascismo, señalando como causa la forma de llevar a cabo la transición y su consiguiente «consensualización neutralizadora del pasado»⁵³. No deja de ser paradójico en este sentido que durante la transición se criticara el uso y abuso del antifranquismo, supuestamente con intención de ganar réditos políticos, cuando luego resulta tan difícil encontrar rastros escritos de ese discurso antifranquista pretendidamente hegemónico.

El exilio en su laberinto

Como no podía ser de otra manera, la conmemoración del exilio tampoco ha escapado del debate y las interpretaciones opuestas. Ya durante la Transición hubo quien reaccionó desde posiciones conservadoras: José M. García Escudero lo consideraba «sobrevalorado», Ricardo de la Cierva contraponía el ejemplo de su propio «exilio» familiar en Francia durante los años republicanos⁵⁴. A los pocos meses de la muerte de Franco un editorial de *El País* sobre la deuda con el exilio provocó la respuesta del psicólogo José Luis Pinillos, antiguo miembro del grupo *Arbor*, quien reflexionaba sobre la deuda contraída con quienes se «insiliaron». Citando a Julián Marías, recordaba que «todo hubiera ido peor si muchos de los que se quedaron se hubiesen marchado también»⁵⁵.

No fue la única vez en que se planteó ese debate sobre el mayor o menor valor moral del exilio respecto a quienes se quedaron en el país, o quienes colaboraron con la dictadura supuestamente para cambiarla desde dentro. Por ejemplo, un joven Javier Tusell polemizaba con Carrillo afeándole que quizás había estado «confortablemente instalado en el exilio», mientras a él le «sometían a expediente académico siendo estudiante»⁵⁶. El antifranquismo podía incluso convertirse en

Miguel Jerez Mir, Carles Viver Pi-Sunyer, Miguel Ángel Garrido, Encarna Nicolás, Javier Terrón, Ricardo Montoro o Miguel Ángel Aparicio.

⁵³ VIDAL-BENEYTO, José, citado en Raúl Morodo: *La Transición española*, Madrid, Tecnos, 1984, pp. 74-75.

⁵⁴ CARRASCO, Bel: «Entrevista a Vicente Llorens», *El País* (27-IX-1977); «Carta de Ricardo de la Cierva», *El País* (27-IX-1977).

⁵⁵ «Quizás más importante aún sea hacer un examen colectivo de conciencia para saber si los españoles tienen alguna deuda contraída con quienes permanecieron fuera de su patria durante tan largo tiempo. En el caso de que tal deuda exista, ¿es una retribución suficiente autorizarles la entrada en el país sin detenerles ni procesarles? Nada puede asegurar con certeza cuáles serán los escritores ingresados en la Real Academia Española desde 1939 hasta nuestros días, que pasarán a la gran historia de la literatura española. Es seguro, sin embargo, que ocupan ya un lugar indiscutible en ella Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Luis Cernuda y León Felipe, fallecidos en el exilio, y los todavía vivos y transterrados Jorge Guillén y Rafael Alberti. Ninguno de estos nombres figura, para vergüenza de todos, en la lista de los llamados inmortales. ¿Quién pagará esa deuda? Para los muertos la reparación es inútil; para los vivos, es ya demasiado tarde»; editorial, «La deuda con el exilio», *El País* (17-VI-1976); PINILLOS, José Luis, «Los exiliados de fuera y de dentro», *El País* (24-VI-1976).

⁵⁶ TUSELL, Javier: «Para Santiago Carrillo», *El País* (25-III-1977).

una coartada intelectual, según Juan Luis Cebrián, quien ironizaba sobre esos «prestigiosos pensadores antifranquistas que ahora se ha descubierto que, efectivamente, tenían mucho de lo segundo pero muy poco de lo que era exigible a su condición de intelectual». La libertad dejaba el talento al descubierto, «por eso se explica que los intelectuales de hoy, los verdaderos, sean los de siempre», un Aranguren, un Caro Baroja o un Cela⁵⁷.

El tema nunca ha dejado de tener vigencia y, en los últimos años, ha enlazado con las reivindicaciones de memoria y reparación del antifranquismo. Así, María Paz Balibrea ha escrito recientemente sobre la ausencia del exilio en una «Transición levantada, primero, sobre el olvido político de un pasado republicano que consistentemente se construyó como caótico y fatalmente abocado al enfrentamiento bélico, y segundo sobre el soslayamiento de que el estado democrático se sostenía sobre las bases ni mucho menos dismanteladas del autoritario que le había precedido». Dicha ausencia habría reforzado «una verdad a medias sobre la que se construyó la Transición: la de que el pensamiento resistente antifranquista que importaba era el del interior al ser el único determinante en la pervivencia de la voluntad democrática». Su crítica va dirigida contra la pretensión de hacer del liberalismo la única línea que habría conectado con lo anterior y dado continuidad al pensamiento democrático hasta la Transición⁵⁸.

Por su parte, Jordi Gracia ha respondido con una visión más compleja del exilio, destacando la diversidad de posiciones dentro de él y constatando que sus posibilidades reales de intervención en la política española «se agotaron por razones políticas pero también de pura consunción biológica y de anacronía o desfase histórico». Frente a las visiones indulgentes o mitificadoras del exilio, ha escrito que «sería demasiado cruel, incluso para una democracia caníbal, que a la represión franquista le siguiese la compasiva indulgencia democrática. Los exiliados no la tuvieron ni consigo mismo ni entre ellos»⁵⁹. De hecho, en los últimos años parece haberse producido un fenómeno contrario al que señala Balibrea, es decir, la conversión del exilio en una especie de «lugar de la memoria», menos problemático que el antifranquismo interior y por eso más susceptible de conmemoraciones, aunque tiene razón cuando señala que esa recuperación se ha hecho desproblematicando, despolitizando y privilegiando una visión unidireccional del camino intelectual a la democracia.

⁵⁷ CEBRIÁN, Juan Luis: «Camilo, o de las insidias de la libertad», *El País* (9-V-1978).

⁵⁸ Tesis supuestamente defendida por Jordi Gracia; BALIBREA, María Paz: *Tiempo de exilio. Una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*, Barcelona, Montesinos, 2007.

⁵⁹ GRACIA, Jordi: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010, pp. 16 y 19.

Como ha escrito Abdón Mateos, «el exilio se ha convertido desde, el menos, los años noventa en una verdadera cuestión de Estado, en referencia central de la cultura política de la España democrática, mucho más que la voz antifranquismo». Entre las razones que explican este hecho cree que estaría la asociación del antifranquismo interior con el PCE, mientras que el exilio político tuvo como principal protagonista al PSOE, y la idea de que el exilio ha podido representar a las «tres Españas» —los monárquicos exiliados en 1931, los liberales en 1936, los republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas en 1939— y, así, convertirse genéricamente en un «patrimonio común» de todos los españoles que la democracia tiene que incorporar a su tradición. Mateos destaca también el predominio de la recuperación de la obra intelectual del exilio, «sobre otras dimensiones políticas más conflictivas, como pudo serlo la reivindicación de la legitimidad republicana»⁶⁰.

Conclusión: (des)memoria y violencia del antifranquismo

Se ha dicho que la memoria de la Guerra, de la represión de posguerra y de la dictadura franquista no son una misma cosa, y que la primera ha dominado sobre las otras dos⁶¹. Aun así, en los últimos años asistimos a una recuperación del recuerdo de la «gran represión» franquista, en parte todavía asociada a la Guerra, pero cada vez más como un proceso autónomo, el de una violencia de Estado ejercida en tiempo de paz y sin las dinámicas propias de un conflicto bélico⁶². En cuanto a la memoria de la larga dictadura franquista y de la lucha contra ella, sigue estando diluida en acontecimientos más o menos puntuales, como el «contubernio de Munich» de 1962, o en procesos que suelen verse como independientes y relevantes sólo para los implicados, únicos responsables de velar su memoria, como es el caso de los movimientos obrero, estudiantil, feminista o vecinal. No cabe duda de que en el campo historiográfico, al prolongado interés por la Guerra Civil y la inmediata posguerra, se ha sumado el creciente interés por el antifranquismo desde una perspectiva cada vez más atenta no sólo a sus aspectos políticos, sino también sociales y culturales. Sin embargo, aun considerando algunas iniciativas legales para la indemnización por años de prisión bajo el franquismo, en especial la conocida como «Ley de la Memoria Histórica» de 2007, o gestos simbólicos como el homenaje en el Congreso del 1 de diciembre de 2003, la memoria de estos movimientos sigue teniendo un bajo nivel de institucionalización.

La lejanía temporal de la Guerra y la dura posguerra, o la evidente anomalía del franquismo en el entorno de las democracias occidentales, son factores que podrían

⁶⁰ MATEOS, Abdón: *Historia del antifranquismo*, Barcelona, Flor del Viento, 2011, pp. 215-216.

⁶¹ MOLINERO, Carme: «¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?», en S. Juliá (dir.), *Memoria de la Guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 219-246.

⁶² RODRIGO, Javier: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 162.

favorecer una memoria de la dictadura menos conflictiva. Por eso mismo extraña todavía más la ausencia de una política de la memoria del antifranquismo en la España democrática, cuando existe un acuerdo bastante generalizado en considerar que sobre sus valores se realizó un largo «aprendizaje de la libertad»⁶³. Cuando además muchas de las personas que protagonizaron esa lucha han protagonizado también la transición a la democracia desde posiciones de poder institucional, político, cultural o académico. O quizás sea precisamente por eso, por la dificultad que muchos sujetos individuales y colectivos han tenido en asimilar su propio pasado, del que se encuentran en buena medida alienados, como si aquellas lógicas de entonces les resultaran ahora ajenas e incomprensibles.

No se trata sólo de que las utopías revolucionarias de ayer se vean hoy como un pecado de juventud, venial sí, justificable incluso por las circunstancias y el «espíritu de la época», pero en ningún caso reivindicable. Su ambigüedad hacia la violencia, aunque no pasara del discurso teórico⁶⁴, parece haber contaminado a posteriori la presunta virginidad de esas utopías, como si el terrorismo nacionalista y de extrema izquierda tuviera efectos retroactivos, y la oposición antifranquista hubiera sido culpable de sembrar esa semilla envenenada para la democracia. De hecho, un único acontecimiento violento, aunque producido ya en la Transición, ha merecido por ahora reconocimiento simbólico: la matanza de abogados del despacho laboralista de la calle Atocha de Madrid el 24 de enero de 1977 y su multitudinario entierro, decisivo para la legalización del PCE. Hemos visto muchas veces esas impresionantes imágenes, un monumento de Juan Genovés, artista-icón del antifranquismo, recuerda lo sucedido cerca del lugar de los hechos y han sido varios los homenajes institucionales y profesionales celebrados en su memoria⁶⁵.

Resulta significativa a propósito la peripecia del cuadro *El abrazo*, tema que Genovés retomó para el monumento. Realizado como manifiesto de la Junta Democrática para pedir la amnistía de los prisioneros políticos, todavía en junio de 1976 un funcionario ministerial se refería a él en términos de «propaganda subversiva y falsa en contra de nuestro Gobierno», pero adquirido en 1980 por el Ministerio de Cultura pasó a convertirse en un «símbolo de nuestra transición hacia la democracia y el ferviente anhelo de la reconciliación definitiva entre las que Antonio Machado denominó «las dos Españas»»⁶⁶. Un ejemplo del proceso

⁶³ JULIÁ, Santos y MAINER, José-Carlos: *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Madrid, Alianza, 2000.

⁶⁴ MUÑOZ SORO, Javier y BABY, Sophie: «El discurso de la violencia en la izquierda durante franquismo y la transición a la democracia», en J. Muñoz, J. L. Ledesma y J. Rodrigo (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 279-304.

⁶⁵ *El Mundo* (24-I-2007); y *Europa Press* (26-I-2010).

⁶⁶ Archivo Central Ministerio Asuntos Exteriores (AMAE), *Dirección de Relaciones Culturales*, carpeta «Asuntos relativos al pintor español Juan Genovés, carta al Ministro de Asuntos Exteriores de Eduardo de

de resignificación por el que tuvieron que pasar otras obras o símbolos del anti-franquismo para poder ser integrados en el patrimonio común de la democracia. No deja de ser lógico que en esa trayectoria «limpia» y lineal que se construyó a posteriori, y cuya culminación fue la transición democrática, desentonen los episodios violentos: hasta el *Guernica* de Picasso perdió su mensaje de denuncia para erigirse en una gran metáfora de la paz y la reconciliación»⁶⁷.

El reconocimiento institucional de víctimas de la dictadura como Grimau, Granados y Delgado, Puig Antich o los fusilados de 1975, con ideologías y militancias tan distintas, ha chocado siempre con ese mismo pecado original de la violencia⁶⁸. Lo más sorprendente, sin embargo, es que esa culpa parece alcanzar a las víctimas más pasivas de la violencia franquista, desde Enrique Ruano a Pedro Patiño, desde los muertos de Granada a los de Vitoria (estos sí, recordados con un modesto monolito), pasando por los de Sant Adrià de Besòs, El Ferrol, Carmona, Madrid, Barcelona, Eibar, Reus o Vigo.

Así, la memoria pública y la reparación simbólica pasan por la criba de una desideologización y victimización de los sujetos, despojados de sus razones bajo el epígrafe genérico de «víctimas». Sabemos que se trata de un mecanismo característico en los actuales procesos de recuperación de la memoria de hechos violentos y traumáticos⁶⁹, pero en el caso que nos ocupa ha llegado a la paradoja de que en enero de 2001 el Gobierno de José María Aznar concediera al comisario Melitón Manzanar, acusado de torturador y asesinado por ETA, la Real Orden de Reconocimiento Civil a las Víctimas del Terrorismo a título póstumo. Ante el recurso presentado por varios partidos, sindicatos y colectivos ciudadanos, el Tribunal Supremo avaló la concesión de la medalla de acuerdo con la Ley de 8 de octubre de 1999 de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo. Entonces el Congreso, con la única oposición del PP, realizó una reforma de la Ley para incluir una salvedad en la concesión de las condecoraciones, que

en ningún caso podrán ser concedidas a quienes, en su trayectoria personal o profesional, hayan mostrado comportamientos contrarios a los valores repre-

Josué, cónsul español», Zúrich (3-IV-1976), Leg. R. 24455 n. 52; «Cultura adquiere el cuadro de Genovés que sirvió para pedir la amnistía en 1976», *El País* (3-I-1980); en QUAGGIO, Giulia: «Política cultural y transición a la democracia: el caso del Ministerio de Cultura UCD (1977-1982)», *paper* del Seminario de Historia de la Fundación Ortega y Gasset, enero 2011.

⁶⁷ CALVO SERRALLER, Francisco y TUSELL, Javier Tusell: *El País* (11-IX-1981). Sobre la operación de regreso, véase QUAGGIO, Giulia: «Il Guernica conteso. Percezione, circolazione e ritorno di un dipinto che anche Franco avrebbe voluto», *Spagna Contemporanea*, 36 (2009), pp. 143-168.

⁶⁸ Sí se han realizado documentales, como *Granados et Delgado, un crime légal* (1996), de Lala Gomá y Xavier Montanyà, o la película *Salvador* (2006), de Manuel Hueriga.

⁶⁹ TRAVERSO, ENZO: *Il passato: istruzioni per l'uso. Storia, memoria, politica*, Verona, Ombre Corte, 2006.

sentados en la Constitución y en la presente Ley y a los derechos humanos reconocidos en los tratados internacionales⁷⁰.

Quizás ha sido el caso más llamativo, pero no el único donde han contrastado una interpretación amplia para el reconocimiento de las víctimas del terrorismo —donde han tenido cabida no sólo los afectados por atentados de ETA o el GRAPO o del 11-M, sino también españoles caídos en el Sahara por acciones del Frente Polisario, por ametrallamientos de pesqueros en aguas internacionales o, más recientemente, en Afganistán— y otra bastante más restrictiva por parte de Ministerio del Interior y del Gobierno. Lo cual ha obligado a algunos familiares de víctimas de la violencia de extrema derecha a acudir al Tribunal Supremo para el reconocimiento póstumo de dicha condecoración y, eventualmente, de la consiguiente indemnización. En algunos de estos casos, como los de Carlos González Martínez o los muertos en los sucesos de Montejurra de 1976, el alto tribunal estimó la solicitud de los demandantes gracias a la existencia de un informe elaborado por la propia Secretaría de Estado para la Seguridad del Ministerio del Interior sobre *Datos estadísticos de Víctimas del Terrorismo desde el 1 de Enero de 1968 al 31 de Diciembre de 1987*, en el cual se recogían sus nombres como víctimas del terrorismo de «extrema derecha»⁷¹.

La conmemoración del antifranquismo ha chocado con una violencia que parecía borrar las fronteras entre dictadura y democracia por la continuidad del terrorismo. Eso explica, al menos en parte, por qué la memoria del antifranquismo también ha sido víctima de su propia exigencia de reconciliación y superación del pasado: el final del franquismo significaba el final de su contrario, el antifranquismo. De esa paradoja se alimentó el discurso del «desencanto», aunque no fuera ni mucho menos exclusivo de la transición y consolidación de la democracia en España.

La recuperación política y social del antifranquismo asociada a los movimientos de la memoria histórica ha tomado auge en los últimos años, sobre todo después del bienio 1993-1996 con la pérdida de mayoría absoluta del PSOE y la victoria del PP. Entonces empezaron a ponerse en cuestión las versiones de una transición modélica, bajo el signo de la reconciliación y el consenso, culminación de un proceso de cambio de la sociedad y vuelta a su ser de un país «normal», no muy diferente a sus socios en la Unión Europea. Últimamente España ha dejado de ser aquel país

⁷⁰ *El Mundo* (20-I-2001); *Recurso contencioso administrativo en el caso de Melitón Manzanas* (www.derechos.org); Ley 2/2003, de 12 de marzo, de modificación de la Ley 32/1999, de 8 de octubre, de solidaridad con las víctimas del terrorismo.

⁷¹ Sentencia de 18 de mayo de 2006 del Tribunal Supremo Sala III de lo Contencioso-Administrativo (consultada en <http://sentencias.juridicas.com/docs/00252867.html> el 18 de enero de 2011). Partido Carlista del Euskalherria (consultada en <http://www.eka-partidocarlista.com/victimas.htm> el 18 de enero de 2011).

que cifraba parte de su éxito precisamente en el olvido de su pasado y la consiguiente superación de la dialéctica antifranquista, lo que para algunos observadores italianos, por ejemplo, había lastrado durante años su propia democracia⁷².

Si la transición política renunció al antagonismo franquismo/antifranquismo en nombre de la reconciliación y el futuro de la democracia frente a las amenazas del golpismo militar y el terrorismo, es verdad que eso no impidió que se escribiera, estudiara y publicara sobre los cuarenta años anteriores. Pero no ha habido nada parecido a una hegemonía no ya política, sino siquiera cultural del antifranquismo.

La primera mención a «la lucha por la libertad» aparece en la Ley de 1984 para el reconocimiento de los años transcurridos en prisión como años trabajados a efectos de la Seguridad Social, pero ni siquiera la importante Ley de 1990, que otorgaba las primeras indemnizaciones por años de cárcel bajo el franquismo, hacía referencia alguna a la injusticia o rendía tributo a quienes habían luchado pacíficamente contra la dictadura⁷³. Sólo las Leyes promulgadas durante la legislatura 2004-2008 han incluido referencias no ya sólo a la represión, a las víctimas y sus padecimientos, al compromiso democrático y su reconocimiento y satisfacción moral. Hasta entonces el reconocimiento simbólico del antifranquismo se limitó a lo que Abdón Mateos ha definido como políticas de la memoria de «baja intensidad»⁷⁴. Además, las polémicas suscitadas por las iniciativas legislativas e institucionales de condena de la dictadura franquista han provocado un debate en los medios de comunicación sobre los orígenes de la actual democracia y la naturaleza del cambio de régimen, un debate al cual se ha sumado por una vez la historiografía académica⁷⁵.

Al final, las conmemoraciones oficiales se han centrado en el exilio como metonimia de una cultura resistencial contra la dictadura, un exilio en buena parte despojado de los elementos más políticos y conflictivos para convertirlo en una especie de patrimonio nacional. A su vez la memoria de la cultura antifranquista en el interior ha consistido sobre todo en el recuerdo de los intelectuales que evolucionaron desde el franquismo y sirvieron de puente con las nuevas generaciones protagonistas de la transición. Incluso para muchos intelectuales que durante su

⁷² MUÑOZ SORO, Javier: «El 98 italiano», *Claves de la Razón Práctica*, 108 (diciembre 2000), pp. 72-77.

⁷³ Al menos 90.000 personas, encarceladas durante la dictadura, se han beneficiado a pesar de los límites estrictos que marcaba la Ley (tener 65 años cumplidos en 1990 y haber pasado como mínimo tres años en la cárcel); AGUILAR, Paloma: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 509-511.

⁷⁴ MATEOS, Abdón: *Historia del antifranquismo...*, *op. cit.*, pp. 226-227.

⁷⁵ JULIÁ, Santos: «El retorno del pasado al debate parlamentario (1996-2003)», *Alcores*, 7 (2009), pp. 231-256.

juventud militaron en el antifranquismo la memoria a celebrar es la de esa transición, porque une en lugar de dividir⁷⁶, mientras que el antifranquismo ha quedado como un valor positivo pero vacío de contenido, con unas víctimas merecedoras de dignidad y reparación, pero contaminado por una ambigua sospecha de violencia que ensombrece su herencia. Todo ello ha repercutido en una reivindicación tardía, asociada al impulso de la memoria histórica desde mediados de los años noventa y, sobre todo, tras la victoria del PSOE en el año 2004. Tres lustros antes Manuel Vázquez Montalbán había escrito que, desde la muerte del dictador, muchos «hicieron de la reivindicación de la memoria un instrumento de combate» frente a «la estrategia de la araña que quería retener en la tela de la memoria prohibida todas las falsificaciones de vida e historia perpetradas por el franquismo»⁷⁷.

⁷⁶ Algunos de ellos reunidos hoy en la Fundación Transición Española, creada en febrero de 2007 (www.transicion.org), o en la Avocación para la Defensa de la Transición (http://www.defensadelatransicion.es/index.php?option=com_content&task=view&id=3&Itemid=14).

⁷⁷ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel: «Sobre la memoria de la oposición antifranquista», *El País* (26-X-1988).